

HÁBITO NÚMERO DIECISEIS

PERSEVERANDO CON CONSTANCIA

“Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo.” 2 Timoteo 2:3

El hábito de la obediencia de corazón quizás sea la cuestión de mayor importancia dentro de todos los posibles hábitos beneficiosos que hemos venido analizando. Se trataría, pues, del criterio definitivo con el que vaya de evaluarse nuestra conducta una vez estemos ante el trono de Dios. En este capítulo, en íntima continuidad con el precedente, vamos a ocuparnos del segundo hábito más importante: la constancia en esa obediencia. El decidir obedecer no es suficiente; la mera actitud no garantiza el resultado. Es, pues, imprescindible perseverar en esa práctica en la medida que tengamos que ir haciendo frente a un adversario espiritual invisible y a las diversas pruebas que plantea la vida. La madurez de carácter se fragua en la consecución de unas metas, aun a la vista de los obstáculos y dificultades. Si esos obstáculos desaparecieran, el proceso de maduración se vería interrumpido. Veamos la diferencia entre las dos frases siguientes: “A Juan le va bien”; “En medio de la más enconada oposición, y pese a dificultades prácticamente insuperables, Juan está demostrando ser capaz de salir adelante, progresando y madurando a un mismo tiempo.” Resulta evidente que la primera de esas frases, a la vista de la fuerza interna de la segunda, no pasa de ser un comentario vacío. Si Dios hubiera hecho un mundo en el que el mal no existiese, nos habríamos quedado sin la oportunidad de desarrollarnos plenamente. La existencia habría sido algo demasiado fácil. En cambio, este mundo, tal como lo conocemos, nos brinda la oportunidad, en base a los distintos retos que hemos de superar, de llegar a dar lo mejor de nosotros mismos.

LAS DIFICULTADES FORMAN PARTE DEL PLAN

A Dios le preocupa mucho más nuestro desarrollo que nuestra comodidad. Si no fuera así, cada vez que sufriéramos algún inconveniente quedaría en evidencia una falta de poder o de interés por su parte. Pero ninguna de esas dos posibilidades es cierta. Dios no es un ser débil, y sí que se ocupa por nosotros. Es más, no sólo se ocupa de nuestro bienestar físico sino también de nuestro crecimiento espiritual. Las pruebas nos ayudan a crecer y madurar. El propio Jesús dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Por otra parte, Dios también espera que maduremos – y demos fruto en abundancia – y eso supone alguna poda ocasional: “todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto” (Juan 15:2).

¿Te ha sucedido alguna vez que al tratar de llevar a efecto aquello que el Señor te pide has tropezado con múltiples dificultades? Eso es precisamente lo que les sucedió a los discípulos en el mar de Galilea estando en compañía de Jesús (Marcos 6:45-52). Cierta noche, encontrándose en el lugar adecuado, y cumpliendo con lo que el Señor les había ordenado, una terrible tormenta se les vino encima sin previo aviso. Jesús sabía de antemano que eso era lo que iba a ocurrir. Pese a ello, no hizo nada para impedirlo. Pero lo cierto es que Jesús estaba allí, junto a ellos, sufriendo por igual el furor de las aguas embravecidas. Y, aun viendo a los discípulos remar contra viento y marea, esperó para intervenir a que llegara la hora cuarta -- no mucho antes del amanecer. En esa ocasión, Él había estado junto a ellos, aunque dormido; y pudieron comprobar que Jesús tenía poder para la tempestad. En esta segunda ocasión, Jesús no se encontraba a su lado, y el

peligro se les antojaba mucho mayor. Pero Él no vaciló en ir hacia ellos caminando sobre las aguas. Jesús no les había abandonado; al ver que el peligro arreciaba, se llegó hasta ellos y calmó las aguas. Esa hermosa experiencia de los discípulos nos enseña a nosotros que Dios siempre está en control. Aun en el seno de la mayor de las dificultades, Él decidirá hasta cuando ha de durar, proveyendo los medios para salir adelante. Cada nueva experiencia que tengamos nos preparará para superar con éxito la siguiente. Pero, a medida que nuestra fe crezca, también aumentarán las pruebas. Aun así, cuando nos damos cuenta de que todo eso forma parte del plan previsto por Dios, podemos dejar de preocuparnos. Y no sólo eso, podemos incluso aceptar esas pruebas de buen grado en la confianza de que, al final, serán para nuestro bien.

¿Qué pasaría si todo nos saliera bien cuando estuviéramos obrando en la voluntad de Dios, pero fuera todo lo contrario de no estar haciéndolo así? Evidentemente, todos estaríamos más que dispuestos a buscar esa voluntad – y no precisamente por amor a Dios, sino por el anhelo de que nos fuera lo mejor posible. Con objeto de volvernos débiles, nuestro supremo adversario quisiera que pensáramos que las dificultades no son sino índice de que estamos alejados de esa suprema Voluntad. Sin embargo, las tormentas no son obligadamente indicativas de tal cosa. Los discípulos habían actuado conforme al mandato Divino y, pese a ello, se encontraban enfrentados a la tormenta. Hay que ser en extremo prudentes a la hora de juzgar las “tormentas” de la vida. Jonás estaba obrando en contra de la voluntad expresa de Dios, y, sin embargo, Dios se sirvió de la tormenta para llamar su atención y hacerle cambiar de actitud. Dios puede hacer uso de la abierta oposición para alterar el curso de los acontecimientos y dar un nuevo giro a nuestra existencia. De ahí que las dificultades no signifiquen necesariamente que estemos yendo en una dirección equivocada. Las tormentas pueden, por el contrario, suponer una nueva oportunidad para replantearnos nuestra vida, para orar, para crecer y madurar, y para renovar nuestro compromiso. Nunca deberíamos renunciar a seguir adelante en medio de una tormenta. Satanás busca debilitar nuestra fe, y apartarnos del buen camino, haciéndonos creer que las cosas nos van mal porque no estamos obrando según la voluntad Divina. Tenemos que hacer, pues, todo lo posible por precavernos de esas tácticas. Dios permite que surjan las dificultades y encontremos oposición para bien nuestro. La fe se fortalece y se renueva en la adversidad. Y todo nuestro ser se ve favorecido por ello.

En Beijing, el tiempo puede ser extremadamente frío, sobre todo cuando el viento del norte trae el aire siberiano a la ciudad. En el apartamento en que vivíamos, situado en la tercera planta de un edificio de viviendas, los radiadores tan sólo funcionaban unas horas al día. De ahí que el conservar el máximo de tiempo ese calor acumulado fuera de vital importancia. En consecuencia, hicimos todo lo posible por sellar todas las rendijas de los cercos metálicos de las ventanas. Cierta sábado por la tarde, justo mientras esperábamos la llegada de nuestro profesor de lengua china, tanto a Char como a mí se nos presentó de repente un insoportable dolor de cabeza. Se nos ocurrió entonces que, quizás, una taza de caldo bien caliente aliviaría el dolor. Saqué, pues, el caldo de la nevera, lo calenté en el hornillo de gas, y nos lo tomamos. El dolor de cabeza no remitió, e incluso nos sentimos peor. Viendo que la situación empeoraba por momentos, me decidí a ir en busca de un vecino creyente que vivía unos pisos más arriba. Nada más entrar en el apartamento, se dio cuenta de lo que estaba pasando. El monóxido de carbono procedente de la calefacción estaba asfixiándonos sin que estuviéramos dando cuenta de ello. Lo que necesitábamos era aire fresco. Obsesionados por conservar el aire caliente dentro de la vivienda, habíamos impedido que se renovara la atmósfera. Y ese

gas venenoso, incoloro e inodoro, había estado a punto de acabar con nosotros. Esa experiencia nos ayudó a ser más cautos. Según nos venía a la memoria, el sábado anterior tampoco nos habíamos sentido muy bien. Ahora se hacía evidente la causa. El sábado era el día que más tiempo pasábamos en casa. El resto de la semana estábamos fuera prácticamente todo el tiempo – al frío (¡y saludable!) aire libre. Lo interesante del caso es que esa casi defunción por envenenamiento gaseoso no era razón suficiente para renunciar a seguir adelante con nuestro trabajo. En realidad, todo el asunto no había sido más que un incidente que solventar. Lamentablemente, en más de una ocasión he sido apesadumbrado testigo de la renuncia de muchas personas por problemas de tan poca monta. De nada sirve desesperarse, con un poco de esfuerzo y una dosis de buena voluntad, siempre habrá otra alternativa.

Cuando determinada situación nos altera y nos descentra, nos enfrentamos a dos “tormentas” particulares – las circunstancias de origen (la tormenta exterior) y la frustración que sentimos (la tormenta interior). Dios desea contar con personas dispuestas a mantener la calma en medio de las dificultades. De hecho, es precisamente la calma lo que nos ayuda a solucionar con éxito los problemas. Nuestra barca va estar en peligro de zozobrar si permitimos que el torbellino del exterior se adueñe de nuestro ánimo. Ahora bien, si somos capaces de vivir la adversidad como algo circunstancial y pasajero – ejerciendo control sobre lo que nos pase – estaremos en disposición de perseverar y conseguir salir adelante. Esa es la razón última de las pruebas y dificultades que Dios permite en nuestras vidas.

VIENDO LA MANO DE DIOS EN TODO

Los seres humanos vivimos al nivel de nuestras percepciones. Cuando hacen su aparición las dificultades, reaccionamos en consonancia con lo que creemos que está pasando. El problema radica en que esas apreciaciones nuestras están sujetas al error. Hay ocasiones en las que Dios está personalmente obrando en nuestra vida y, sin embargo, somos incapaces de darnos cuenta de ello. Puede que eso sea así porque Él obre de forma muy distinta a lo que nosotros esperábamos. Y la impresión que tenemos es que la situación no hace más que empeorar. Pero lo cierto es que cuando la situación se pone realmente mal es cuando, de hecho, Dios interviene. Volvamos una vez más al episodio de los discípulos atemorizados en la barca ante el fragor de la tempestad. Cuando Jesús se les acercó, caminando sobre las aguas, pensaron que se trataba de una aparición. Lo cierto es que la persona que más necesitaban, y más querían ver, iba hacia ellos. La situación iba a arreglarse; Jesús se ocuparía de que todo volviera a marchar con normalidad. Pero, por ser incapaces de reconocerle, y creer que se trataba de una visión, pensaron que las cosas iban a empeorar todavía más. La solución está en descubrir qué es lo que Dios pueda estar haciendo en realidad, en lugar de reaccionar a nivel de lo natural y aparentemente evidente.

En la primavera de 1985, nuestra iglesia nacional celebró su primera convención. La cuestión es que nosotros vivíamos en Seúl y la sede central radicaba en la ciudad de Taejón, a unos 100 kilómetros al sur. Aparte de mi responsabilidad en la iglesia, desempeñaba también un trabajo a tiempo parcial en el seminario. Cierta día, al volver a casa, Char salió a recibirme a la puerta comunicándome que el presidente internacional de nuestra denominación iba a asistir a esa convención. Su llegada a Seúl tendría lugar uno o dos días de que empezara el encuentro, se alojaría en nuestra casa, y viajaría con nosotros hasta Taejón. Lo cierto es que si la visita del director en jefe del departamento

de misiones era ya de por sí todo un acontecimiento, la noción del mismísimo presidente visitándonos ¡nunca se nos había pasado por la cabeza! Por otra parte, pesaba además en nuestro ánimo el hecho de que estuviera en íntima relación con el Reverendo Park, con el que teníamos ciertas diferencias. La ocasión empezaba a ser motivo de verdadera preocupación.

El anuncio de esa visita coincidió con un día en el que había estado de ayuno, así que me dirigí directamente a mi habitación para pasar un tiempo orando hasta que llegara la hora de la cena. Que era cuando tenía pensado romper ese ayuno. Nada más cerrar la puerta del dormitorio, y empezar a pasear, ansioso, de un lado a otro de la habitación, orando ardientemente, el Espíritu Santo empezó a susurrarme con insistencia, “¡Ánimo, que no se trata de ningún fantasma! Al instante comprendí lo que me quería decir. La llegada de esa persona podía parecerme a mí una aparición espectral, pero lo cierto es que no era así ni mucho menos. A partir de ese momento de revelación, se adueñó la paz de mi corazón, infundiéndome una tranquilidad de espíritu y una confianza que hacían, incluso, que esperara esa visita con ilusión. Elevé entonces una sentida oración por su feliz llegada, un viaje venturoso hasta Taejón, y una fructífera convención. Su estancia entre nosotros resultó ser ocasión de maravillosa convivencia, e incluso los niños disfrutaron con su compañía. El viaje hacia Taejón lo hicimos sin percances graves, aun a pesar de un cortocircuito que nos hizo viajar sin luces delanteras (¡y el presidente con nosotros!) y de perder el silencioso del tubo de escape. La convención se desarrolló con absoluta normalidad, y nada ocurrió que diera motivo de alarma. La paz de espíritu que tuve en todo momento, y el optimismo que alentaba en mis oraciones era debido al Señor. Él me había hecho comprender que no había razón para alarmarse. No se trataba de ninguna aparición espectral. Era, sencillamente, el Espíritu Santo obrando en mi vida.

Cuando un viento contrario agita las aguas y tu barca parece zozobrar, ¿qué es lo que te infunde miedo? Puede que empieces entonces a darte cuenta de que Dios está obrando en tu vida en maneras que no habrías creído posible. Quizás esperabas algo por completo distinto. No te angusties. Prueba a confiar en el Señor, y Él abrirá un camino donde no lo hay.

NO OLVIDES EL MILAGRO ANTERIOR

Nuestro caminar con el Señor conllevará dificultades a las que Él responderá en oración. Sucederá entonces que no bien hayamos resuelto una, otra hará su aparición en el horizonte. El día previo a la tormenta en el mar de Galilea, Jesús había dado de comer a más de 5.000 personas, poniendo de manifiesto su capacidad y su poder de provisión. Pero los discípulos parecían haberlo olvidado ya. Tenemos la tendencia de preocuparnos por los problemas del momento, por haber relegado ya al olvido lo que Dios ha hecho por nosotros en el pasado. Si fuéramos capaces de tener presente la naturaleza milagrosa de la ayuda recibida en la última ocasión en la tuviéramos dificultades, nos resultaría mucho más fácil mantener una calma esperanzada a la vista de un nuevo problema. Jesús les hizo comprender a los discípulos la necesidad de tener presente el prodigio de la multiplicación de los panes – justamente lo que habían vivido el día anterior a esa tormenta que amenazaba acabar con ellos. En cuanto a ti, ¿de que tormentas te ha ido librando el Señor? ¿Qué milagros has experimentado en tu vida? ¿Crees, acaso, que Dios puede olvidar sus cuidados de un día para otro? Desde luego que no. Él es y será siempre el mismo. Y cuenta con poder y voluntad para calmar las tormentas que

aparezcan en tu vida. Él se ocupará de ti con el mismo amor providente que mostró a los que calmaron su hambre con el milagro de los panes.

En el verano de 1986, Char y yo regresamos a los Estados Unidos tras un período de 13 años de actividad misionera en Corea. El puesto que dejábamos vacante no tuvo que ser cubierto por la misión, dado que los dirigentes nativos habían pasado a hacerse cargo ellos de seguir adelante con la obra iniciada: crecimiento de la iglesia, pastoreo, enseñanza, seminarios y formación, campamentos, y administración a nivel tanto local como nacional. El saber delegar un puesto en el momento oportuno forma parte de la propia labor misionera, y eso era precisamente lo que habíamos ido haciendo sucesivamente a lo largo de esos 13 años.

A mi vuelta a los Estados Unidos, yo estaba convencido de que el Señor me estaba guiando a concluir mi formación académica. Por mi parte, aspiraba a poner en marcha una nueva iglesia compaginando esa labor pionera con los estudios. En Corea, yo ya había hecho esa clase de trabajo, ayudando incluso a los nativos a que hicieran ellos lo propio. Me parecía, pues, lo más natural iniciar algo parecido en mi país. Tras consultárselo a mi supervisor, se nos ofreció la oportunidad de elegir entre pastorear una iglesia, ya abierta, en Ohio, o empezar obra nueva en el sureste de Pennsylvania. Además, un matrimonio de misioneros de nuestra denominación (a los que llamaremos Greg y Patty) había dejado su puesto en el norte de California, trasladándose precisamente a Pennsylvania con el propósito de abrir nueva obra allí.

Por dar la casualidad de que conocía a Fred, su supervisor en California, pensé que no estaría de más intercambiar impresiones con él. Su esposa, Sue, contestó a mi llamada y yo le conté mi proyecto, y la posibilidad de que esos conocidos suyos, Greg y Patty, colaboraran con nosotros. Incluso le pedí que hablara del tema con ellos. Lo que no se me ocurrió ni por un momento fue preguntarle si le parecían personas apropiadas para trabajar con nosotros.

Char y yo viajamos en avión de Los Ángeles a Pennsylvania, nos encontramos con Greg y Patty, y acordamos abrir una nueva iglesia. Tras dejar una señal para un duplex en construcción, regresamos a California para recoger a nuestros hijos y preparar la mudanza. Estábamos, pues, listos para dar comienzo a una nueva etapa en nuestra vida en el Este de los Estados Unidos. En un principio, nos reuníamos como grupo cristiano en la espaciosa casa de Patty y Greg, haciéndose él cargo de las finanzas. A la llegada de nuestras pertenencias desde Corea, procedimos a almacenarlas en el amplio sótano de su casa, a la espera de que estuviera terminada nuestra vivienda. Mientras, alquilamos un apartamento como residencia propia.

Los primeros meses vinieron a ser testigos de un progreso muy rápido. El tipo de comunidad que nosotros ofrecíamos encajaba bien con las necesidades de la zona, y fueron varias las familias que pronto se unieron a nosotros. Sin embargo, Greg pronto empezó a hacerme notar que su esposa no estaba contenta con la marcha de las cosas, y menos aun conmigo. Transcurrieron así varias semanas y, de repente, recibí sucesivas llamadas telefónicas de domingo a lunes en las que los responsables de tres familias de la comunidad, Greg entre ellos, me anunciaron su intención de dejar la iglesia de inmediato. En una sola semana, el número de miembros bajó de 35 a 18, al ser 17 personas en total las que se marchaban. Yo me sentía literalmente destrozado. Tanto Greg como Patty estaban firmemente decididos a no seguir colaborando con nosotros ni

a asistir a nuestra iglesia. Pero eso no era todo. Pronto se nos hizo evidente que ambos habían estado mostrando su disconformidad a otras personas. Nuestro trabajo y nuestra reputación quedaron en entredicho hasta el punto de afectar negativamente a otros miembros de la congregación. Evidentemente, disto de ser un pastor modélico, y no cabía duda de que parte del problema radicaba en mí. Tras hablar largo y tendido con el propio Greg, se me hizo evidente que se sentía completamente desorientado. Al tratar de hablar con su esposa, lo único que conseguí fue una reacción furibunda en la que quedó patente un amargo espíritu de envidia, celos y resentimiento. Gracias al entrenamiento practicado en Corea, fui capaz de mantenerme mi espíritu en calma, aun a pesar de que se me partía el corazón. Las duras pruebas que había tenido que superar en Asia me habían llevado al convencimiento de que Dios sigue siendo siempre el mismo pase lo que pase. Aun así, no podía evitar sentirme desazonado por creer, en parte, que las negativas críticas de Patty contenían un punto de verdad. Esa parte de sus críticas habían hecho mella en mí.

Por espacio de 10 días sentí una desazón tremenda. ¿Resultaba yo una persona imposible para la convivencia? ¿En qué le había fallado yo a Dios? Los años pasados en el extranjero, ¿me habían hecho perder contacto con la realidad de mi país de origen? ¿Se trataba de un problema de carácter? ¿Debería ser más (o menos) asertivo? ¿En qué me había equivocado? ¿Nos había confundido Dios al hacernos ir allí? En la segunda semana de esa crisis, me encontraba un miércoles orando en ayuno en un bosquecillo próximo a nuestra casa. Ese hábito diario me había llevado a dejar marcada una senda circular que cubría todo el perímetro. Y allí fue donde elevé una desesperada súplica a Dios, clamando auxilio para salir de una situación imposible. Le rogué además a Dios que me ayudara a superar el desaliento, y a reunir fuerzas para seguir adelante. Las hojas caídas del otoño hacían de hermosa alfombra a mis pies, hasta que ya no pude más y dejé de caminar, para yacer boca abajo contra ese tapiz y orar aun más intensamente. Se me vino entonces a la memoria el Salmo 23, y las palabras salieron solas de mi boca, “Señor, tú eres el Único que puede restaurar las almas quebrantadas. Conforta mi alma en esta amarga prueba. Todo mi ser gime pidiendo ayuda. Me siento vacío y seco. Las fuerzas me han abandonado y ya no confío en mí mismo.”

Esa no era, en cambio, la primera vez que clamaba a Dios pidiendo ayuda. En el último año que pasamos en Corea, llegó un momento en el que sentí que la fuerza creativa me había abandonado. Clamé entonces a Dios rogándole que restableciese mis fuerzas con una nueva visión que infundiera en mi ánimo el celo perdido. Dios me concedió entonces lo que pedí. Ahora, necesitaba nuevamente esa renovación milagrosa. Y allí, con el rostro sepultado entre las hojas caídas, sintiendo la tierra húmeda en la piel, todo mi ser fue llevado a descansar en el regazo del supremo Consejero. Las lágrimas fluyeron con total abandono, a la par que alma y corazón se retorcían con dolor indescriptible. Pero Dios estaba allí, conmigo; consolando y reparando.

Él ciertamente respondió a mi ruego. No recuerdo ahora cuánto tiempo permanecí en ese pequeño bosque. Pero sé que, al entrar en casa, le comuniqué a Char con absoluto convencimiento que Dios iba a ayudarnos a remontar la crisis. Permanecimos en esa comunidad tres años más, y durante ese período aprendí a no dejar que me desequilibraran las posibles críticas externas. Llegado el momento, transferimos la dirección de la iglesia a uno de los hermanos de la congregación (al que habíamos ayudado a formarse) que llevaba ya un tiempo asumiendo ciertas responsabilidades. Así, una vez más, Dios había demostrado Su gran poder infundiéndolo en nosotros la

capacidad de adaptarnos a las circunstancias y superar las dificultades. El Dios que nos había ayudado en Corea, seguía mostrándose misericordioso en los Estados Unidos.

OBSTÁCULOS PSICOLÓGICOS

Los Reyes Magos tardaron dos años en conseguir llegar a Jerusalén guiados por la estrella del Oriente para rendir honores al niño-rey. Del propio relato (Mateo 2:16) se desprende que ese tiempo incluyó el empleado en los preparativos del viaje. Con todo, las barreras geográficas que tuvieron que superar para poder adorar al niño Jesús no fueron ni la mitad de difíciles que las trabas psicológicas. De hecho, las mayores dificultades de la vida suelen ser precisamente de índole psicológica y espiritual. Ahora bien, si uno está dispuesto a cambiar de mentalidad y de actitud, se podrá cambiar el mundo. Lo más probable es que esos magos de Oriente esperaran obtener la información necesaria a su llegada a Jerusalén. Muchos otros le habrían ya rendido honores al niño rey para entonces, y muchos serían también los que estuvieran esperando a poder hacerlo. Sin embargo, no fue así. Ninguno de aquellos a los que se dirigieron pensaba honrar al futuro rey. Es más, la ciudad evidenciaba una indiferencia absoluta ante el hecho. ¿Renunciaron por eso a seguir indagando? ¡Ni mucho menos! Esos hombres sabios no cejaron en su búsqueda pese a la pasividad que les rodeaba.

Los conciudadanos de Jerusalén podrían haber honrado al niño Jesús con muchas menos molestias de las que se estaban tomando los Reyes Magos. Pero no tenemos noticia de que lo hiciera nadie más aparte de Simeón y Ana. Esos ilustre viajeros de Oriente dieron prueba de la clase de constancia que lleva a coronar con éxito una empresa acometida. Por otra parte, es muy probable que sintieran sorpresa al constatar que nadie se unía a ellos en la ciudad. Ellos habían conseguido llegar allí tras un largo y penoso viaje, y ahora nadie mostraba interés alguno en el objeto final de su viaje: rendir pleitesía al futuro Rey y Señor de toda la creación. ¡Ni siquiera los más renombrados expertos en las Escrituras parecían dispuestos a cubrir las escasas millas que les separaban de Belén! Obrando en consecuencia con el aviso recibido (“... su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarlo” (Mateo 2:2). Y aunque tuvieron que partir de Jerusalén en solitario, prosiguieron hacia su meta. ¡Esa sí que fue una prueba de firme resolución!

Con frecuencia, resulta descorazonador tener que seguir trabajando para el Señor con graves impedimentos, mientras que otros – aparentemente más listos, más asertivos, y mejor cualificados – no parecen estar dispuestos a rentabilizar esos dones suyos. ¿En cuántas ocasiones hemos sido testigos de la abulia de muchos que podrían haber servido con gran facilidad, pero que no lo han hecho? Puede que esas personas tengan un coche más potente que el nuestro, que vivan incluso más cerca de la iglesia, que vayan mejor equipados, que tengan mayor capacidad para hablar en público, y que posean más estudios. ¿No sería todo eso razón más que suficiente para ofrecerse a servir y colaborar? Por otra parte, la excusa de la falta de tiempo – por cuestiones de trabajo y ocupaciones diversas, o por impedimentos personales – no debería llevar al abandono absoluto de la búsqueda de un mejor conocimiento de Jesús.

La voluntad de servicio y la perseverancia ante las dificultades son cosas que aprendí a los 11 años gracias al reparto de periódicos a domicilio. Mi familia vivía en la zona norte del pueblo, en un barrio de clase media. La ruta de reparto que me asignaron (la nº 4) correspondía a la zona sur, menos próspera económicamente. La distancia que me separaba, suponía tener que desplazarme casi un kilómetro y medio para hacer el

reparto. Pero eso no era todo, el pago de las suscripciones lo recogía los sábados; lo cual suponía tener que desplazarme hasta esa zona, incluso más de una vez, para encontrar a la gente en casa. A veces ocurría que me había saltado alguna casa en el reparto, o que un perro se había llevado el periódico. Eso suponía tener que repetir el viaje correspondiente para remediar el “fallo”. Entre reparto, recogida de dinero, y fallos, la determinación y la perseverancia eran indispensables. Todos esos esfuerzos míos se materializaban, por fin, en unos pocos dólares (entre tres y seis) que yo metía en mi libreta de ahorros todas las semanas. Mi familia en pleno fue la primera en alegrarse, pues, cuando, al cabo de un tiempo, me cambiaron a la Ruta 1-C, mucho más cerca de casa y en mejor zona. El esfuerzo y las dificultades que tuve que superar para ganar ese dinero me fueron incluso de mayor provecho que las ganancias en sí.

Mis padres eran testigo de todos mis quehaceres, y yo contaba con su apoyo; pero nunca trataron de evitarme responsabilidades. Esa fue una sabia medida para ayudarme a saber resistir y a madurar. Ya fuera que lloviera, nevara, o soplara un viento helado, o que el calor fuera insoportable, mi padre no se ofrecía a llevarme en coche al otro lado del pueblo. El reparto de periódicos es un trabajo duro. A las casi veinte páginas habituales, había en ocasiones que añadir hojas extra, que tenían que meterse en cada periódico de una en una. Eso suponía más trabajo, más tiempo, y una carga más pesada. Yo repartía a diario unos 100 periódicos, y el hombro acusaba el peso muy dolorosamente – pero así me fui haciendo, poco a poco, más fuerte. Lo cierto es que les privamos a nuestros hijos de la oportunidad de madurar cuando les hacemos la vida demasiado fácil.

Personalmente, no cambiaría ahora mis experiencias de la niñez y juventud por ninguna otra. Entre otras muchas cosas, me sirvieron para aprender a perseverar ante las dificultades, a ser responsable hasta el final de la tarea empezada, y a mantenerme fiel dentro de una iglesia aun cuando surjan problemas. Esa capacidad de resistencia fue lo que me ayudó a permanecer en el campo de misión pese a las presiones contrarias, y a confiar en el poder de la oración para resolver los problemas de una nueva iglesia que empezaba a caminar. Y buena parte de ello lo aprendí repartiendo periódicos cuando era un chaval.

A nuestro regreso de Corea, y una vez instalados en Pennsylvania, nuestros dos hijos también empezaron a repartir periódicos. Al igual que hicieron mis padres, les apoyamos pero no hicimos su trabajo por ellos. Ellos se responsabilizaron de levantarse de madrugada, hacer el reparto, volver a casa, ducharse y llegar al colegio puntualmente. Al cabo de poco más de un año, tenían ahorrado suficiente para comprarse un coche de segunda mano y buscarse un trabajo mejor remunerado. Dan encontró empleo ayudando a una mujer sorda que tenía dos hijos pequeños. La responsabilidad era muy grande, pero él desempeñó su tarea eficientemente. Joel estuvo un tiempo ayudando a un hombre con respiración asistida. Cada vez que había que limpiar el aparato, la vida de ese hombre dependía de él. ¡Qué tremenda responsabilidad para un chaval de 16 ó 17 años! ¡Y qué oportunidad tan magnífica para madurar y superar retos! Y esas son ciertamente cualidades que pueden transmitirse de generación en generación.

EXPECTATIVAS Y REALIDADES

¿No suele ocurrir con frecuencia que nuestras más felices expectativas nos defraudan por completo? La dura realidad del nuevo puesto de trabajo, los nuevos sistemas

operativos, el nuevo pastor, o el nuevo vecindario nos viene a recordar vez tras vez que lo idealizado poco suele tener que ver con lo que encontramos. Ahora bien, ¿creemos realmente que Dios está obligado a hacer que sueños y realidades se hagan uno? ¿No será más lógico, y realista, tratar de acomodar nuestras pretensiones a Sus realidades? De hecho, tan sólo así conseguiremos perseverar hasta el fin a la vista de los problemas y las más serias dificultades del proceso de maduración. Las expectativas y la realidad no llegarán a ser una hasta que estemos en el cielo. De ahí la necesidad, y el mérito, de la perseverancia.

¡Con cuánto gozo y alegría viajaron los Reyes Magos de Oriente hasta Jerusalén y el pueblecito de Belén! ¿Se dejaron acaso intimidar por la indiferencia de la corte del rey y las gentes de la ciudad? ¿Les sorprendió que el niño Jesús no hubiera nacido en una gran mansión? Estos reyes sabios seguro que veían más allá de la humilde morada (Mateo 2:11) donde encontraron alojados a María, a José, y al Niño Jesús, porque alentaba en ellos una percepción espiritual. Eso les ayudaría a aceptar la realidad de la situación desde una perspectiva superior.

Al llegar a China en calidad de profesores de lengua inglesa, tuvimos que ir aprendiendo a orientarnos en un ambiente muy distinto al acostumbrado. Como extranjeros con una titulación, se nos aceptaba como visitantes de paso y no nos estaba permitido hablar en público de política, sexo o religión. En cambio, sí podíamos recibir visitas en nuestra casa y, claro está, podíamos responder a las preguntas de nuestros alumnos. ¡Qué satisfacción tan grande me producían entonces las interesantes cuestiones que solían plantearnos los estudiantes! Con el tiempo, trabé amistad con creyentes chinos procedentes de otra universidad e iniciamos un estudio bíblico en nuestra casa los jueves por la tarde. Lo cierto es pasábamos juntos un tiempo maravilloso, y ellos progresaban a ojos vista en su comprensión de las Escrituras. Transcurrió de esa manera un año entero y entonces me enteré de que la policía me tenía fichado. Eso me alarmó un tanto. Yo había estado esforzándome al máximo por mantenerme dentro de los límites legales de las disposiciones oficiales, pero sin dejar por ello de compartir mi fe con cuantos se mostraban interesados, enseñando las verdades de la Palabra a algunos creyentes y animándoles a perseverar en su fe.

Muchas otras personas mostraron interés por oír de la Palabra. Las oportunidades de compartirla solían presentarse de forma casi milagrosa, en clara respuesta a nuestras fervientes oraciones. Con todo, era evidente que servir al Señor como soldados de la fe y testigos de Su obra, en un entorno en el que está prohibido, tenía sus riesgos. Eso lo sabíamos aun antes de marchar hacia allí. Pero también sabíamos de los héroes de la fe de antaño "... conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra (Hebreos 33-38)

Hasta ese momento, el sufrimiento por razón de mi fe había sido algo mental, siendo otros los que sufrían físicamente por ello. Por eso me impactaba ahora tanto el pensar que yo también podría tener que llegar a soportar algo semejante. ¿Sería en verdad capaz de soportarlo? ¿Resistiría llegado el momento de la verdad? ¿Me mantendría firme en mis convicciones? Las preguntas y las dudas acudían a mi mente en tropel. Tras mucho debatirme interiormente, llegué por último a la conclusión de que estaba dispuesto a afrontar cuanto de malo pudiera ocurrirme. No abandonaría el país, y tampoco renunciaría a seguir buscando en oración ocasiones de laborar por causa del Evangelio en el país que me había sentido llamado a servir. El Señor contaba en Occidente con excelentes obreros, dispuestos a vivir su fe hasta las últimas consecuencias y pagar por ello el precio que fuera necesario. Si ahora había llegado mi turno, estaba dispuesto a mostrarme a la altura de las circunstancias. ¿Cómo podía estar seguro de ello? Muy simple. Analizando mi propia reacción ante el hecho de estar fichado por la policía de Beijing. A la vista de la oposición, la voluntad se reafirma.

¿Cuántas veces la realidad de una situación ha sido muy distinta a lo esperado? ¿No ha sido así en el trabajo, en la familia, y en la iglesia? Y, sin embargo, lo cierto es que Dios estaba ahí, animándonos a seguir adelante. Y así lo hicimos. Pero las cosas no parecieron salir como esperábamos. ¿Cómo entender entonces que Dios pudiera haber querido algo así? La realidad se ha manifestado opuesta a las expectativas. Aun así, lo verdaderamente importante es que no atente contra los planes de Dios. Los Reyes Magos no dejaron que la realidad del pesebre estorbara el supremo propósito que les había llevado hasta allí. Y presentaron sus regalos; evidenciando con ello una muy excepcional capacidad para aceptar las circunstancias tal como se presentaban. Dejando a un lado lo esperado. El propósito que les había alentado al iniciar su viaje – su deseo de confirmación – era más importante que cualquier posible contratiempo. ¡No hay que permitir que las circunstancias nos aparten del propósito final! El espíritu de perseverancia que impulsaba a los Magos de Oriente incluía la flexibilidad necesaria para adaptarse a cambios inesperados. ¡Lo importante es mantenerse firme en la meta fijada! Lejos de instalarnos en el complejo de víctima, nos mantendremos alentados por el espíritu de la victoria. En vez de preguntarnos, ¿cómo me puede haber pasado esto a mí?, pensaremos, ¿cómo puedo salir de aquí para llegar hasta allá?

HAZTE CON TODO EL CAMPO

Jesús contó la historia de un hombre que adquirió, gozoso, una parcela. “El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo” (Mateo 13:44). Jesús quería con esa parábola animar a Sus seguidores a estar dispuestos a vender, comprar y entregar todo por la causa suprema del Reino de Dios. Hay personas que viven en situaciones políticas o religiosas que les llevan a tener que “comprar todo el campo” para poder vivir su fe. En nuestro caso, y como familia, tuvimos que decidir si comprábamos ese “campo” para poder seguir trabajando en China. Las cosas se desarrollaron de la siguiente manera.

En el último año que pasamos en China, vivimos en base a nuestros ahorros y a los modestos ingresos de Char como profesora de inglés. Ese año yo lo dediqué a terminar una serie de estudios en lengua china sobre diversos temas cristianos. A nuestro regreso a los Estados Unidos fueron publicados y, desde entonces, han sido reimpresos en China en varias ocasiones. Lo cierto es que ese último año nos planteó graves dificultades

económicas, y tampoco estábamos muy seguros de lo que Dios trataba de indicarnos. En el mes de febrero de aquel año, nos reunimos como familia con motivo de la boda de nuestro hijo Joel con su prometida, Elizabeth. Días antes de que tuviera lugar la ceremonia, hablamos acerca de nuestra situación en China.

El problema era que nuestro ministerio en ese país demandaba que recurriéramos a nuestros ahorros para poder seguir adelante. Por otra parte, Char y yo estábamos convencidos de que Dios ama al pueblo chino y, dado que habíamos incluso aprendido su lengua, parecía lo más indicado continuar trabajando en un entorno tan necesitado espiritualmente, y donde las perspectivas de recoger fruto eran tan prometedoras. Nuestros hijos dieron su opinión con toda honestidad, “En el momento presente, no podemos apoyarnos económicamente para que podáis continuar con vuestro ministerio en China, pero si vosotros estáis dispuestos a usar parte de vuestro fondo de pensiones ahora, nosotros podríamos ayudaros más adelante cuando llegara el momento de la jubilación.” Tras debatir las ventajas y los inconvenientes (y cargas) de ese plan, decidimos entre todos que merecía la pena comprar ese “campo”. Como familia, estábamos dispuestos a asumir ese riesgo.

Nuestros hijos habían apoyado siempre nuestro trabajo, y más aun al independizarse. Habían sido ellos, además, los que nos habían animado a volver al campo misionero al quedar vacío nuestro “nido”. El grado al que estaban dispuestos nuestros hijos a comprometerse fue toda una revelación y una gran bendición para Char y para mí. La perseverancia característica de generaciones anteriores se ponía de manifiesto una vez más. Pero no como rasgo genético, sino por voluntad expresa de perpetuar lo vivido en casa.

Nos decidimos pues a comprar el campo en su totalidad. Hay ocasiones en las que la perseverancia ha de demostrarse en la voluntad de riesgo. Así fue como actuó el hombre de la historia contada por Jesús. “Gozoso... va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.” Tal como nosotros lo veíamos, esa iba a ser la única forma de seguir adelante con nuestro ministerio en la China. Sin embargo, al mes de nuestra vuelta a ese país, recibimos una llamada desde Tulsa, en Oklahoma. Tras buscar de nuevo la guía de Dios, esa llamada vino a suponer una vuelta inesperada a los Estados Unidos con el fin de trabajar en la preparación de misioneros y pastores. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, el privilegio de servir en la China fue reemplazado por la oportunidad de preparar a hombres y a mujeres de Dios para la siguiente generación de obreros cristianos. Llegado el momento, no fue necesario comprar ese campo; pero lo importante es que habíamos estado dispuestos a hacerlo, al precio que fuera. Y nunca hemos tenido que lamentarlo.

La realidad de la vida pide que mantengamos la mirada fija en nuestro Salvador, quien se mantuvo fiel al glorioso propósito de Su venida al mundo hasta el último momento: “...autor y consumidor de la fe, el cual, por el gozo puesto delante de Él, sufrió la cruz” (Hebreos 12:2) para redención y salvación nuestra. Su divino ejemplo nos muestra que la obediencia gozosa, que persevera en la adversidad y ejerce control sobre la propia voluntad, es el mejor camino para alcanzar plenitud de vida y propósito en el marco de toda una eternidad. Esa es la meta fijada por Dios a cada uno de sus benditos hijos. Con Su ayuda, tú también podrás alcanzar ese venturoso final. Y, cuando lo consigas, Dios será el primero en gozarse. Parte del sueño final será ya una realidad.